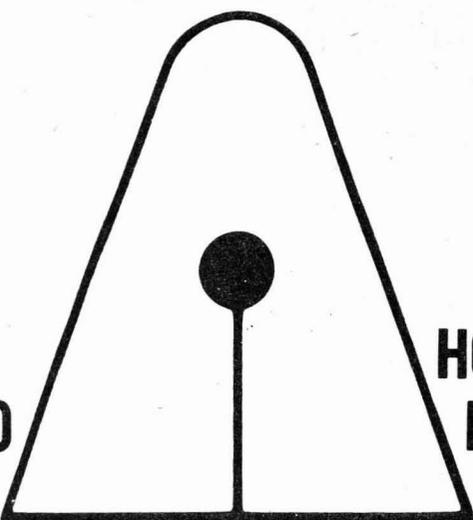


**BERNARDO
RUIZ**



**HORA
EL
MAR**

Viene en los dedos del viento el invierno. El padre Skilshich nos dio la bendición esta mañana. No tuve fuerzas para decir adiós a nadie. Fue lo mejor. Si no, los pocos amigos que aguardaban en el frío del puerto nuestra partida hubieran visto que temblaba con sólo mirar el oleaje del mar. No recuerdo ningún paisaje memorable; atrás, sumergidas en la neblina, quedaron algunas cabañas, los lagos congelados del interior y las praderas cubiertas por la primera nevada. Más que la tierra, dejamos la vida y el pasado: el recuerdo de muchos años tranquilos en la larga noche invernal con el abrigo del fuego, el sueño de nuestros hijos, la sonrisa de una mujer y la voz profunda del padre Skilshich explicando con gravedad en la misa de medianoche el misterio de la redención. Ahora, somos sólo tres hombres perdidos para siempre en la nostalgia del sueño eterno, como dicen los rezos del padre Skilshich, por amor a nuestros hermanos.

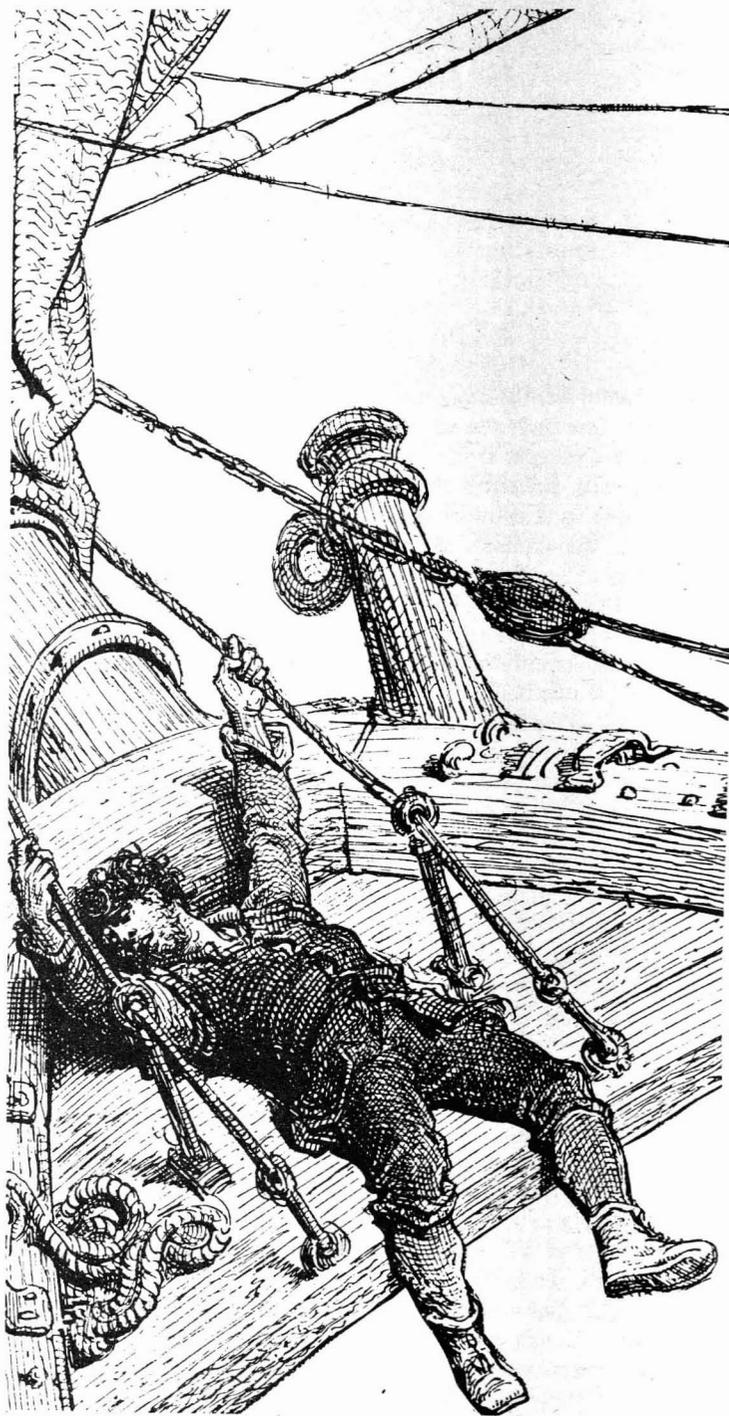
Desde los límites de mi memoria estaba el mar. Hoy, por vez primera en muchos años, lo vi con miedo, cuando sentí el vértigo que anuncia, en el fondo de la carne, la proximidad de la muerte. El mar me estaba esperando porque me ha esperado siempre.

Veo los brazos tensos de Adrián. En medio de la llovizna hace con las cuerdas unas cuerdas más largas para dominar la vela, el viento y el mismo miedo.

Todo hijo de las verdes tierras de Evin, las islas del oso blanco, lleva en su sangre el amor a las olas y a la negra tempestad. Ninguno teme el embate de las flotas piratas ni la espada naranja del relámpago que corta la mitad de las naves. Pero un escalofrío recorre las espaldas y las almas de los hombres, cuando a principio de la noche de invierno, las estrellas marcan la hora (nunca mencionada en las reuniones) de lanzar al mar los cuerpos vivientes de los tres mejores marineros: los que tienen más trofeos en su cabaña, los que no dejan romper al océano sus redes, los tres hombres que con la mayor cantidad de peces fortalecieron los cuerpos de las mujeres de piel de nieve que engendran hijos para Evin y los llevan en su seno en la larga —única— noche de invierno.

Cuando me cansé de sacar el agua del fondo de la nave y me cansé de mis pensamientos, supliré a Andrés. Luego me suplirá Adrián y a él lo volverá a suplir Andrés hasta que el cansancio del tiempo rompa el mástil y el timón y juegue el mar con nosotros y venga la paz de la muerte.

Otros pueblos nos acusan de idolatría. Es falso. Nosotros obedecemos la ley que nos dio la vida: lo dicta la tradición. En otras latitudes Dios puede ser misericordioso. Por el meridión de Evin no pasan sino el dolor y el sufrimiento, a menos que Dios reciba las almas de los mejores. Los que supieron ser hombres. En ese momento el cielo deja ver su luz, rompe la noche y los pescadores pueden guiarse en la transparente claridad del alba. La tormenta perdona sus navíos y la negra ballena respeta los costados de sus





embarcaciones. Se abre el mar con la muerte de los hombres, se abre el día y las praderas verdecen y quedan cientos de peces en las redes y en las costas. Nuestros hijos crecen, pueblan las montañas y dominan los acantilados de las islas innumerables. Harsen, mi hermano, colonizó la isla de Docken. Mi hermana es reina de la tierra de Gänig. Gresen, mi hijo, duerme con su mujer en el fjord de Brehn.

Cuando vuelven las ocas a los lagos en la primavera y huelen a celo los bosques, el padre Skilshich —y antes que él los antecesores del padre Skilshich— bendice los barcos anclados en el puerto y oficia la misa de San Pablo el menor. Entonces se desplegan las velas, el viento las hincha como botas de aglid y tan valerosas como un bebedor de aglid las naves hienden las aguas. Ese mismo día, cada familia celebra la fiesta de las lanzas y se invita a los peregrinos a comer junto al hogar la carne de jabalí guardada en cerveza durante un año. Los cazadores bajan a los poblados y se consuman las bodas de las vírgenes de la tierra de Evin (suaves como la brisa que en las tardes hace regresar a Evin nuestras naves).

Pero así como hay días felices, la llegada del invierno es una madrugada con las primeras estrellas. Todos quisieran el sueño, pero velan. Sienten cercano el dolor: se los llevarán las olas. (Ya sentimos por ellos nostalgia.) Lloran algunas mujeres. Ese día también recordamos a los muertos. Ahora mi mujer se acostará en el insomnio y estará con mi vacío.

Muchas estaciones atrás el rey Gern se lamentaba por su pueblo. El hambre, la enfermedad y la superstición hacían infelices a sus gentes. Eran idólatras que sacrificaban aves y peces a los dioses condenados. Pero el cólera y las tempestades acababan a los hombres. Un día, compadecido del sufrimiento de aquellos ignorantes Dios envió a las costas de la isla de Levn a Joel el arcángel. Joel no llevaba más que una túnica suave y delgada como el pelo de los osos. Y en nuestros oídos sus palabras parecían de música. Hablaba nuestro idioma y comía como nosotros: los mismos peces de escamas azuladas que nos alimenten (los peces tienen el color del mar). Y nos enseñó a tejer redes más fuertes y a amar a Dios y a nuestros hermanos. Fue el primer período de tranquilidad que tuvo el pueblo de Gern. Y Gern tuvo a Joel entre sus favoritos.

Gern casó con Rega, hija del emperador de Wilch, y Dios bendijo su unión y la sabiduría de Joel protegía a los hombres de la isla de Levn y a los aliados de la prosperidad de las islas de Gern y Wilch (el imperio del mar y de las islas). Un día, dice la crónica de Gern, el día del nacimiento de Lyf, el hijo de la alianza de los reinos, los hombres de la isla y sus hijos y sus mujeres festejaron el advenimiento del príncipe. Cuenta la misma crónica que en toda la isla se oía el eco de los cantos de las mujeres y los gritos de júbilo de los varones. Un estallido luminoso en el cielo pareció profetizar grandes venturas a Lyf. Y —es testimonio de la iglesia— nueve

hombres justos volvieron a la vida. Dios bendecía la floreciente tierra de Evin.

Pero Joel y dos consejeros del rey celebraron bebiendo aglid en demasía. Después, el arcángel apenas recordaba haber dicho, un momento antes del sueño, palabras secretas de Dios.

Dios se sintió traicionado. Joel amaneció adolorido, hablando como cualquier hombre. En sus sueños Dios le había dicho que le quitaba la inmortalidad. En adelante Joel sería como el rey y los pescadores, es decir, cualquier hombre.

Volvieron los antiguos males, las viejas enfermedades y las tormentas. La muerte volvió a ser la más difícil y triste costumbre en las tierras de Lyf y Gern. Los cazadores, los niños y el rey hicieron penitencia: “Dios, ten misericordia de nuestros pecados y de tu arcángel que ha pecado.”

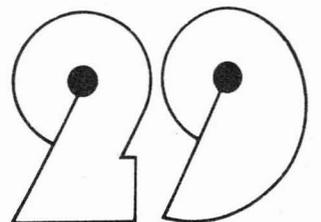
De nuevo habló Dios en sueños a Joel y le dictó la condición para hacer de Levn el antiguo paraíso. Y los hombres de Levn esculpieron en el portal de la iglesia del arcángel, al pie de la más alta colina de la isla, las palabras con que Dios nos perdonaba:

EN LA ESTACION DE LA NOCHE
ENVIA LOS MEJORES HOMBRES.
DIOS TE PERDONA LEVN. QUIERO TRES.
Y POR ELLOS LA FUERZA DE MI BRAZO
TE DEFENDERA DEL MAL Y DE LA ETERNA MUERTE.

Así está escrito. Y los que dieron de beber a Joel y Joel salieron ese año de las costas de la tierra de Gern y el mar se quedó con ellos. Y el acto se repitió en el reinado de Lyf y en el de los hijos de Lyf. Y continúa. Lo confirma la antigua historia de Evin. Desde entonces, el único orgullo para nuestra raza ha sido la fidelidad al Dios que alimenta a nuestros hijos. Así esta noche nos corresponde abandonar la tierra.

Nuestro viaje no es muy largo. Para llegar al reino de los hombres negros bastarían apenas tres meses. Con nuestra muerte las ocas regresan con su vuelo a Evin y hacen su nido en los juncales. La mano fuerte del protector limpia de nubes el cielo y las noches tienen la claridad del día. No podemos arrepentirnos. Y no venceremos al mar.

—No extraño nada. Dishé me dijo anoche que puede amar todavía a muchos otros. Pero pienso en la nostalgia del mar en la muerte —las palabras de Adrián apenas tenían cierto dejo de rencor. Tal vez él sea el único que no tiene miedo. Es el más joven de nosotros; la vida y las mujeres apenas lo han marcado. Yo, a mi edad, no puedo hablar con tanta indiferencia de esas cosas. Pero —lo veo— su barba aún es negra y en su cara no hay ninguna arruga más allá del gesto con que aprieta los dientes porque quiere que el mástil resista todavía unas horas.





Andrés lleva el timón, se abraza con el cuerpo al timón como si fuera el cuerpo de la última mujer que ha de tocar en su vida. No deja de mirar, admira las olas crecientes que libra infatigablemente la nave. Persiste la llovizna y aunque me duelan los brazos, las piernas y la espalda no dejaré de sacar el agua del fondo de la nave. Aunque algo en mí me quiera convencer de que es inútil; la nave no resistirá.

Dios vela sobre el mundo, no duerme como la luz ni protege la noche como los fantasmas. Está siempre invisible. Cuida de que cada momento nos acerque más a él. Recuerdo que el padre Skilshich explicaba que seríamos poderosos si supiéramos cuáles fueron las palabras de Joel la noche de su embriaguez. Sólo puedo imaginar. Ahora la noche está cerrada, Dios contempla y se esconde en la oscuridad. Está tal vez más solo que nosotros. Y aunque la nave se dirige hacia algún puerto, no tocaremos ninguno. Si el mar fuera silencio oíría las respiraciones de mis compañeros. No es posible. Nada es posible.

No sé cuántas horas llevamos en el mar. Las nubes ocultan el cielo. No hay ni pedazos de estrellas. Apenas puedo entrever algunos recuerdos que nunca antes habían vuelto. Yo estaba con el torso desnudo en el lago de Mäm cuando el padre Skilshich (es muy viejo el padre Skilshich) vestido con una túnica clara que me hizo pensar en Dios, se acercó hacia mí para bautizarme. Después, siempre, el padre Skilshich usó la túnica negra.

Andrés escupe furioso contra el mar; apenas lo guían el ruido de las olas y los golpes del viento contra la barca. Han pasado ya muchas horas. Me duele saber que Dios podría ser tan misericordioso como permitir que nunca se hundiera la barca. Así, nuestros cuerpos se perderían a la deriva. Pero los peces devorarán nuestra carne. Sólo siento frío. He perdido las fuerzas. Es fuerte el viento; nos remolcará hasta el abismo. Me pregunto por qué es tan amargo el sabor de la agonía. Ya basta.

Con la costa, con el recuerdo de Evin, el miedo se ha ido alejando poco a poco. Quedo en el mar con mis dos amigos. Soy el más viejo: seré el primero en despedirme de ellos. Ojalá nada quede de nosotros. Y regresen a Evin las aves de la primavera. Cae el mástil. Como Andrés, Adrián y yo nos hemos amarrado a cubierta. Nos pueden arrastrar las olas. O el viento.

No volveremos a ver la luz ni a tocar la arena húmeda de la playa. No creo que quede mucho tiempo. Adrián reza a gritos: "Líbrame Señor de la Muerte Eterna. . ." Y yo me muerdo los labios; apenas siento mis labios. Mi hijo duerme con su mujer en el bosque que huele a celo en el fjord de Brehn. Andy es reina de la tierra de Gänig. Bella como una rama de abeto es Aly la mujer que matará mi ausencia. A esta hora, como de costumbre, el padre Skilshich reza por el descanso eterno de las almas de los muertos. Ruega por nosotros, padre Skilshich.